

La revista *Sol y Luna* y el nacionalismo argentino

Alejandro Quiroga Fernández de Soto

La crisis ideológica mundial de los años 30 supone un momento determinante en la historia contemporánea argentina. La siempre marcada influencia de las corrientes de pensamiento europeo vino a incrementarse en una década, en la que Argentina buscaba una salida al liberalismo tradicional que había regido los destinos del país desde mediados del siglo XIX. La extrema derecha argentina acogió entonces con agrado los postulados autoritarios ligados al mito de la hispanidad, que desde España llegaban de la mano de Ramiro de Maeztu y los tradicionalistas de *Acción Española*. Con el inicio de la guerra civil en España, los ultraderechistas argentinos, tradicionalmente conocidos como los nacionalistas, pronto mostraron su apoyo a la causa rebelde e intensificaron sus contactos con los franquistas. Una vez concluida la guerra civil y coincidiendo con los primeros triunfos militares de las potencias del Eje, el gobierno franquista impulsó su política exterior en Hispanoamérica, en un intento por aumentar su influencia en el marco internacional institucionalizando una visión más militante de la idea de la hispanidad, apoyándose para ello fundamentalmente en la labor propagandística de Falange en el Cono Sur y en aquellas minorías católicas dirigentes que simpatizaban con su causa en las repúblicas latinoamericanas¹.

En esta coyuntura de agitación interior y crisis internacional aparece en Buenos Aires en 1938 la revista *Sol y Luna*, promovida por el sector más hispanófilo y tradicionalista del nacionalismo argentino reunido en torno al grupo político *Restauración*. De elegante presentación, la revista incluía crítica política y literaria, estudios históricos, artículos filosóficos y poesía, mostrándose desde un primer momento como un órgano serio de transmisión cultural, alejado del pasquinismo fácil al cual era tan proclive cierta

¹ Para el impacto de la guerra civil y la Segunda Guerra Mundial en las relaciones entre argentinos y españoles en Argentina puede verse Mónica Quijada Mauriño, Aires de república. Aires de cruzada. La guerra civil española en Argentina [Barcelona: Sendai, 1991]; Relaciones hispano-argentinas, 1936-1948. Coyunturas de crisis. [Madrid: Universidad Complutense, 1990]; Fredrick B. Pike y Mark Falcoff (eds.) The Spanish Civil War. American Hemispheric Perspectives [Lincoln & London: University of Nebraska Press, 1982].

prensa nacionalista de la época. Durante sus cinco intensos años de vida (1938-1943), en la revista vendría a colaborar prácticamente la totalidad de la intelectualidad nacionalista, por lo que *Sol y Luna* se presenta como un campo fundamental para el estudio del pensamiento ultraderechista argentino². Además, *Sol y Luna* se distinguió desde sus inicios por dar una importante cabida a colaboradores españoles afines al franquismo y prestar una especial atención a la producción cultural proveniente de la España «nacional», lo que convirtió la publicación en un importante vehículo de transmisión ideológica entre la península y el país del Plata³.

Si bien la influencia de las ideas de la extrema derecha española en los nacionalistas argentinos ha sido reconocida como fundamental por los historiadores, aún sabemos poco sobre los procesos de recepción ideológica desde la óptica argentina. El presente trabajo pretende llenar parcialmente este vacío y analiza el discurso político que los nacionalistas elaboraron en las páginas de *Sol y Luna*, prestando especial atención a la recepción de las ideas venidas de España, en torno al mito de la hispanidad.

La hispanidad como religión política

A la hora de analizar el discurso de los nacionalistas argentinos, partimos aquí del concepto de «religión política» elaborado por Antonio Elorza.

² Entre los nacionalistas argentinos más destacados que escriben en *Sol y Luna* están Julio Meinvielle, César E. Pico, Federico Ibarguren, Juan Carlos Goyeneche, Ignacio B. Anzoátegui, Marcelo Sánchez Sorondo, Santiago de Estrada, Juan P. Ramos, José María de Estrada, Máximo Etchecopar, Juan R. Sepich, Alberto Espezel, H. Sáenz y Quesada, Roberto de Laferrere y Nimio de Anquín. Sobre los nacionalistas véase Marysa Navarro Gerassi, *Los Nacionalistas*, [Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez, 1968]; David Rock, *Authoritarian Argentina. The Nationalist Movement. Its History and its Impact*, [Los Ángeles: University of California Press, 1997]; Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, [Buenos Aires: Sudamericana, 1987]; Sandra McGee Deutsch y Ronald H. Dolkart, ed., *The Argentine Right. Its History and Its Intellectual Origins, 1910 to the Present*, [Wilmington, DE: Scholarly Resources Inc, 1993]; Mark Falcoff y Ronald H. Dolkart, ed., *Prologue to Perón. Argentina in Depression and War, 1930-1944* [Berkeley: University of California Press, 1975]; J. J. Hernández Hachea, *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, [Buenos Aires: Hachea, 1970]; Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino, 2 vol.*, [Buenos Aires: La Bastilla, 1973]; Carl Solberg, *Oil and Nationalism in Argentina: A History* [Stanford: Stanford University Press, 1979].

³ Así, entre los colaboradores españoles, antes y después de la guerra civil, encontramos nombres tan importantes para el franquismo como José María Pemán, Eugenio Montes, Eugenio d'Ors, Juan José López Ibor o María de Maeztu. En contra de lo que recoge Mónica Quijada en su tesis doctoral, *Relaciones Hispano-Argentinas*, op. cit., p. 449, Serrano Suñer no «era otro de los colaboradores asiduos» españoles. En realidad Serrano Suñer nunca escribió en *Sol y Luna*.

Este concepto hace referencia a aquellas ideologías en las que se produce un fenómeno de «transferencias de sacralidad», por el cual mitos, rituales e ideas propias del Antiguo Régimen acaban configurando una «religión de la patria»⁴. En este ámbito, los nacionalismos conservadores y reaccionarios vendrían a ocupar un lugar privilegiado como religiones políticas, sacralizando su concepto de nación en un intento por recuperar el orden jerárquico perdido con las revoluciones liberales. En el caso que nos ocupa, los nacionalistas argentinos elaboraron un discurso político caracterizado por una alta carga de religiosidad en el que no sólo se sacralizaba la nación, sino donde los acontecimientos pasados y presentes se interpretaban en clave providencialista, para acabar dando forma a una doctrina política en la que se combinaban los principios del integrista católico con los del fascismo.

La interpretación providencialista de los acontecimientos tomó en las páginas de *Sol y Luna* una doble vertiente de pasado y de presente. Partiendo de una visión maniquea del mundo, los nacionalistas presentaron la contienda española como una guerra santa, una cruzada, en la que el Bien se imponía al Mal gracias a la intervención divina. El editorial de junio de 1939 afirmaba tajante: «Dios puso en las manos del Generalísimo la espada de la guerra y el Generalísimo deposita en el altar de Dios la espada de la victoria. Está teñida de sangre – porque la salvación de España debía llevarse a cabo sangrientamente [...] Bajo la mirada del Cristo Negro de Lepanto el Caudillo de la Cristiandad lee con voz arrasada la fórmula de su homenaje. Dos falangistas sostienen su ofrenda [...] Y la Iglesia recibe la espada del Caudillo, porque la espada es la afirmación heroica de la Cruz»⁵. El texto nos pone bien a las claras varios de los aspectos políticos que van a dominar el discurso ideológico de la publicación nacionalista durante toda su existencia. En primer lugar, el catolicismo como núcleo duro de la acción política, en cuyo nombre está justificada la guerra. En segundo lugar, y como elemento íntimamente relacionado, un fuerte vínculo entre el poder temporal y el poder divino, en el que éste, en último término, dirige los designios de aquél. Por último, la idea mesiánica de que Franco había redimido a España del peligro de la revolución con la guerra y que con ello había comenzado una nueva era para los españoles y toda la Cristiandad; para lo que se recupera la retórica del Imperio y la simbología de la hispanidad (la cruz, la espada y el Cristo Negro de Lepanto).

⁴ Antonio Elorza, *La religión política*, [San Sebastián: Haranburu, 1995], 7-27.

⁵ *Sol y Luna*, Buenos Aires, 2, VI-1939, p. 119.

Ahora bien, lo que nos interesa resaltar aquí no es tanto la defensa de la guerra civil como cruzada, cuestión que repetirán continuamente en *Sol y Luna* los colaboradores españoles y argentinos⁶, como el uso político que de la España franquista, como paradigma de integrismo católico y ejemplo a seguir, van a hacer los nacionalistas. En este aspecto, el recorrido ideológico que los teóricos de la extrema derecha católica argentina proponen se puede resumir del siguiente modo: la España franquista que emerge de la guerra es la España católica y tradicional; esta España católica es la misma que creó con la cruz y la espada el imperio de América; de aquí que hispanoamericanos y españoles estén unidos no sólo por un pasado imperial, sino también por una esencia católica común, que los equipara en el mundo de finales de los 30 y principios de los 40. De esta interpretación, que culmina con la ecuación españoles = argentinos, los ideólogos nacionalistas vendrían a extraer la falaz conclusión de que la democracia, fracasada en España por incompatible con la esencia católica de los españoles, tampoco funcionaría en su país. En último término, Argentina tendría que seguir los pasos totalitarios del franquismo⁷.

El proceso de equiparación de argentinos con españoles se realizaba desde las páginas de *Sol y Luna* aludiendo al concepto de «imperio espiritual católico» y enfatizando el pasado común. El editorial de octubre de 1939 no deja lugar a dudas: «Afirmamos que somos con España y con la América española un solo «imperio espiritual», una sola cultura y una sola progresión histórica: porque no renegamos de España tenemos el derecho de llamarnos argentinos, y argentinos anti-renegados. La nuestra no es una ‘hispanofilia’, sino una ‘hispanofiliación’»⁸.

Este discurso de vinculación espiritual vino acompañado de una peculiar revisión de la historia patria por parte de los intelectuales de *Sol y Luna*, que acercaba los destinos argentinos a los españoles. En un momento en el que las tesis de revisionismo histórico antiliberal impulsadas durante los 30 por los hermanos Irazusta comenzaban a abrirse paso en la sociedad argentina⁹,

⁶ Otros ejemplos de esta idea pueden verse en Julio Meinvielle, «Pastor Angelicus». *Sol y Luna*, Buenos Aires, 2, VI-1939; Manuel Díez Crespo, «Triunfo», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 7, IV-1942; José María Pemán, «La hora doliente y el poeta», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 7, IV-1942; Editorial, *Sol y Luna*, Buenos Aires, 3, X-1939.

⁷ Véase por ejemplo Julio Meinvielle, «Pastor Angelicus», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 2, VI-1939.

⁸ Editorial, *Sol y Luna*, Buenos Aires, 3, X-1939.

⁹ Los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta habían presentado en 1934 un verdadero clásico de la literatura nacionalista: *La Argentina y el Imperialismo Británico*. Esta obra, cuya influencia fue creciendo significativamente con los años, culpaba a la política imperialista británica de los

las páginas de la revista recogieron numerosas reinterpretaciones del pasado argentino en las que se ensalzaba el «imperio católico» de los Habsburgo, se acusaba al reformismo ilustrado borbónico y al liberalismo de haber introducido «reformas extrañas a la esencia católica de España» en América y se presentaba al «nativismo» criollo como un movimiento de «origen religioso», que se vio abocado a la «emancipación política», ya que «el gobierno había dejado de ser español en todo salvo en el nombre»¹⁰. Una lectura de la historia, en definitiva, en la misma línea de Zacarías de Vizcarra y Ramiro de Maeztu a quienes citaban profusamente en sus trabajos, donde se aplicaban las ideas de los reaccionarios españoles al caso específico argentino¹¹.

Claro que detrás de estas interpretaciones históricas asoman dos de los grandes demonios de la extrema derecha argentina, a saber: el liberalismo, interpretado como la senda hacia el comunismo, y el panamericanismo, mostrado como un todo opuesto a la hispanidad, en el que se mezclan imperialismo norteamericano, democracia liberal y luteranismo. No por casualidad en el monográfico que *Sol y Luna* dedicó a la época colonial, en diciembre de 1942, los colaboradores de la revista ensalzaron insistentemente la obra «civilizadora» de los españoles en América, contraponiéndola a la colonización materialista inglesa. Se trataba con esta reivindicación del pasado español no sólo de combatir la Leyenda Negra, asunto al que se habían dedicado profusamente los nacionalistas argentinos y españoles en las últimas dos décadas y que tendría abundante acogida en las páginas de *Sol y Luna*, sino de presentar un claro antagonismo de los hispanoamericanos, católicos, con el mundo anglosajón, liberal y protestante, cuyas consecuencias, según los nacionalistas, eran palpables en una Argentina contemporánea sometida al imperialismo econó-

males políticos y económicos de Argentina desde su independencia. A la altura de 1940 todos los nacionalistas la consideraban una pieza básica de su ideario común. Buchrucker, Nacionalismo y Peronismo, op. cit., 122.

¹⁰ Los ejemplos de artículos en esta línea interpretativa son muchos. Véase por ejemplo Federico Iburguren, «La Tradición Hispanoamericana en nuestra Emancipación Política», *Sol y Luna*, 3, X-1939; Santiago de Estrada, «...Y la casa fue destruida», *Sol y Luna*, 5, Buenos Aires, XI-1940; Alberto Espezel, «El Imperio Español», *Sol y Luna*, 9, Buenos Aires, XII-1942; Juan P. Ramos, «La cultura española y la Conquista de América», *Sol y Luna*, 9, XII-1939; Santiago de Estrada, «Sobre Historia», *Sol y Luna*, 1, XI-1939, 129.

¹¹ Para las ideas de Vizcarra y Maeztu véase Zacarías de Vizcarra, «El apóstol Santiago y el mundo hispano», *Acción Española*, Madrid, III-15, 1932, 384-400; Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*, Valladolid, 3ª edición, 1938, prólogo de Eugenio Vegas Latapié y epílogo del Cardenal Gomá. La primera edición es de 1934 y en 1941 se publica una edición especial para América y Filipinas.

mico británico y norteamericano¹². El pasado aquí sirve como herramienta para articular el presente.

El totalitarismo cristiano

Con la victoria de Franco y los primeros triunfos militares de las potencias del Eje, los nacionalistas argentinos creyeron que el mundo estaba entrando en lo que denominaron un «Nuevo Orden» y trataron de construir una doctrina político-religiosa que se adaptase a los tiempos y que contribuyese a ellos. En este marco tan favorable en el que los hombres de *Sol y Luna* no dudaron en anunciar que asistían a «los funerales del liberalismo» y celebrar la derrota de «la mala Europa» frente a los nazis¹³, la hispanidad pasó a ocupar el primer plano ideológico en el discurso del nacionalismo restaurador¹⁴.

Si en algo vinieron a coincidir tanto los colaboradores españoles como argentinos de *Sol y Luna* fue en señalar a la hispanidad como un potencial que tendría que desarrollarse de un modo teórico y práctico, un «magnífico proyecto de vida futura», cuya «forma» estaba aún por definir¹⁵. Más allá de la retórica falangista que definía a la hispanidad como una unión espiritual de lengua, de religión y de destino imperial, definición que como hemos visto suscribían plenamente los hombres de *Sol y Luna*, quedaba por dotar a la idea de un proyecto político más definido, para que de las palabras se pudiera pasar a la acción política. Sin embargo, en lo referente a la forma política que debía adoptar esa «sociedad supranacional hispánica» que constituía la hispanidad, los nacionalistas no pasaron de esbozar de un modo vago una propuesta de confederación de estados hispánicos¹⁶. Pro-

¹² Véase, por ejemplo, Rómulo D. Carbia, «La Iglesia en la 'Leyenda Negra' hispanoamericana», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 2, VI-1939, 53-60; Juan P. Ramos, «La cultura española y la Conquista de América», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 9, XII-1942, 29-48; Alberto Espezel, «El Imperio Español», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 9, XII-1942; Samuel W. Medrano, «Educación y Cultura en la Argentina Colonial», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 9, XII-1942; H. Sáenz y Quesada, «El 'Humus' y el Vapor», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 4, V-1940.

¹³ Editorial, *Sol y Luna*, Buenos Aires, 8, IX-1942; Editorial, *Sol y Luna*, Buenos Aires, 9, XII-1942.

¹⁴ «La Hispanidad», rezaba exaltado un editorial de la revista «se atreve a gritar ahora el advenimiento de su segunda primavera». Editorial, *Sol y Luna*, Buenos Aires, 4, V-1940, 9.

¹⁵ Véase, por ejemplo, César E. Pico, «Hacia la Hispanidad», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 9, XII-1942.

¹⁶ *Ibid.* En otros medios de prensa nacionalista también se esbozaron algunas propuestas al respecto. Así, Sáenz y Quesada, que desde las páginas de *Sol y Luna* había denunciado que en Argentina nunca había existido democracia sino el mero control de unas oligarquías sujetas a

puesta esta en la misma línea de la ya recogida por Maeztu en su *Defensa de la Hispanidad* y repetida por el Cardenal Gomá en el Congreso Eucarístico de Buenos Aires de 1934, que no aportaba ninguna novedad a la hora de estructurar el ideal hispánico¹⁷.

Lo que sí se produjo alrededor del mito de la hispanidad fue la elaboración de un discurso político que realizaba una síntesis entre el fascismo y el tradicionalismo católico, para proponer un «totalitarismo cristiano» como solución de futuro para España y toda Hispanoamérica. Así, para José María Pemán, quien primero utilizó el término de «totalitarismo cristiano» en *Sol y Luna*, la «Hispanidad en toda su anchura es la que puede dar la fórmula del único totalitarismo legítimo, o sea, el totalitarismo cristiano, donde verdaderamente se salve *todo*: la Nación y el Estado de una parte, y de otro la dignidad de la persona humana, el Espíritu, la cultura»¹⁸. Según el ideólogo franquista, la grandeza de los «movimientos de tipo reaccionario y autoritarios» hispanoamericanos consistía precisamente en haber sabido bordear, «con paso seguro todo peligro de paganismo hegeliano o maquiavélico» para ir «derecho a *totalizarse* en torno del pensamiento tradicional y cristiano». Se había alcanzado de este modo la perfecta «síntesis de tradición y dinamismo, de catolicismo y reacción [...] sin dejarse arrastrar ni por los cohibidos catolicismos sociales y sturzianos ni por los contagiosos noticieros excesivos de masa y adoraciones atléticas»¹⁹. A partir de ahí, la «gran misión del mundo cristiano –de la Hispanidad–», explicaba Pemán, no era otra que la conversión del nazismo al cristianismo, es decir, «absorber esa fuerza pagana, llevarla a la síntesis con la verdad cristiana: bautizar otra vez el Imperio y coronar otra vez con manos papales a Carlomagno»²⁰.

Con parecidas argumentaciones, otros pensadores nacionalistas vinieron a defender en las páginas de *Sol y Luna* la unión entre tradicionalismo católico y fascismo. Así César Pico, por ejemplo, veía el fascismo como una mera e instintiva «reacción contra la pendiente catastrófica a la que nos conduce la dialéctica democrático-marxista», que posteriormente buscaba «una doctrina que la justifique». La labor de los católicos debía ser, enton-

los intereses del imperialismo británico, proponía desde Nueva Política la creación de una «liga hispánica» que hiciese frente al marxismo desde las bases del tradicionalismo católico. Y en la misma línea de poca definición, Héctor Llambías ofrecía a España la entusiasta colaboración argentina en «el proyecto imperial-cristiano». Buchrucker, Nacionalismo... op. cit., 183; Sáenz y Quesada, «La realidad democrática en la Argentina», Sol y Luna, Buenos Aires, 6, VII-1941.

¹⁷ Raúl Morodo, *Acción Española. Orígenes ideológicos del franquismo*, [Madrid: Tucur, 1980], 270-278.

¹⁸ José M. Pemán, «Pasemos a la escucha», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 4, V-1940, 90.

¹⁹ *Ibid*, 91. Subrayado en el original.

²⁰ *Ibid*, 92.

ces, la de cooperación con el fascismo para facilitarle el hallazgo de una doctrina católica que le alejase de «los ideales paganos»²¹. Por su parte, José María de Estrada, secretario de la revista, fundía el carácter universal del catolicismo con una concepción también universal del fascismo como movimiento político, el cual estaría llamado a restaurar «el orden verdadero», el cristiano, en el mundo²². Estrada hacía un llamamiento a las distintas «revoluciones fascistas», incluyendo la alemana, para que actuasen unidas frente al enemigo democrático ya que éstas, al fin y al cabo, no eran más que «manifestaciones distintas de una misma revolución»²³.

Como vemos, los hombres de *Sol y Luna* mantenían el catolicismo integrista como elemento nuclear de una doctrina política integradora del fascismo. No es de extrañar, pues, que el «Nuevo Estado» franquista fuera considerado por los nacionalistas como el modelo político a seguir por los países hispanoamericanos²⁴. En éste vieron los nacionalistas un ejemplo de Estado totalitario íntegramente católico, como un modelo de totalitarismo específico, que manteniendo la tradición católica española constituía la vanguardia del Nuevo Orden mundial. La «Revolución española», afirmaba Estrada, es el «movimiento social más profundo de nuestros tiempos», ya «que además de poseer lo que es intrínseco a todo movimiento fascista tiene una metafísica verdadera» que es el catolicismo²⁵.

En definitiva, el discurso político que los nacionalistas argentinos desarrollaron en *Sol y Luna* estuvo determinado por su providencialismo, una visión agustiniana del mundo y el recurso constante al lenguaje religioso. En él se produce una sacralización de los acontecimientos pasados (el imperio de los Austrias) y presentes (la «cruzada» franquista) que vienen a mostrarnos una ideología en clave de «religión política». Basado fundamentalmente en los postulados de Ramiro de Maeztu, el discurso nacionalista adaptó las ideas de los reaccionarios españoles al caso argentino superando ampliamente la mera propaganda bélica y la pura nostalgia imperial, para presentar a la hispanidad como un todo incompatible con el panamericanismo y la democracia liberal. El resultado final no fue otro que un acercamiento doctrinal al fascismo desde los postulados del tradicionalismo, con el que los hombres de *Sol y Luna* buscaron el equilibrio entre reacción y tradición, entre dinamismo y catolicismo, y que vino a concretarse en el ideal del «totalitarismo cristiano».

²¹ César E. Pico, «Totalitarismo», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 3, X-1939, 59-80.

²² José de Estrada, «La recuperación de las cosas», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 7, IV-1942, 72-73.

²³ *Ibid*, 73.

²⁴ Juan Carlos Goyeneche, «Eugenio Montes», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 1, X-1938.

²⁵ José de Estrada, «La recuperación de las cosas», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 7, IV-1942, 75.